

conmovidó casi todo el orbe, ha de reconocerse la mano de Dios, y oírse la voz de Él, que con estos azotes suele castigar los pecados é iniquidades de los hombres para que estos se apresuren á volver al sendero de la justicia. Oigan, pues, esta voz los que se apartaron de la verdad y siguieron el error, y abandonando sus caminos, conviértanse al Señor: óiganla también aquellos que en momentos tan críticos y circunstancias tan tristes se cuidan más de sus propias comodidades que del bien de la Iglesia y de la prosperidad del Catolicismo, y tengan presente que de nada aprovecha al hombre *ganar todo el mundo si pierde su alma*; óiganla igualmente los hijos piadosos de la Iglesia, y esperando con paciencia la salud de Dios, y limpiando de toda mancha de pecado sus conciencias, cada vez con mayor cuidado, esfuércense en implorar las misericordias del Señor, en agradecerle cada vez más y en servirle sin cesar.

«Pero en medio de estos nuestros ardentísimos deseos no podemos menos de amonestar y refutar á los que aplauden ese decreto, en virtud del cual se despoja al romano Pontífice de todo honor y dignidad de su imperio civil; y afirman que ese decreto es el medio más eficaz de procurar la libertad y felicidad de la misma Iglesia. Y aquí declaramos pública y abiertamente que no decimos esto movidos de la sed de mando ni del deseo del poder temporal, puesto que por nuestra índole y naturaleza estamos muy ajenos de toda especie de dominación. Empero nuestro cargo nos impone el deber de sostener con todas nuestras fuerzas en defensa de la soberanía civil de la Silla apostólica los derechos y posesiones de la santa Iglesia romana y la libertad de la misma Sede, íntimamente unida con la libertad y utilidad de toda la Iglesia. Porque, á la verdad, los que aplaudiendo dicho decreto afirman cosas tan falsas y absurdas, ó ignoran ó aparentan ignorar que fue una disposición especialísima de la divina Providencia el que, dividido el imperio romano en muchos reinos y en varios Estados, tuviese el romano Pontífice (á quien Cristo Señor nuestro cometió el cuidado y gobierno de toda la Iglesia) una soberanía civil, á fin de que en el gobierno de la Iglesia y en la defensa de su unidad gozase de aquella plena libertad que se requiere para el desempeño del supremo ministerio apostólico. Porque, en efecto, todo el mundo conoce que los pueblos fieles, las naciones y los reinos nunca tendrían plena confianza en el romano Pontífice, ni le prestarían entera obediencia, si viesen que él estaba sujeto á la autoridad de algún príncipe ó gobierno, y privado de su libertad; pues los pueblos fieles y los reinos no dejarían de concebir grandes sospechas y recelos de que el mismo Pontífice conformase sus disposiciones á los deseos de aquel príncipe ó gobierno en cuyos dominios se hallase, y así, con ese pretexto no titubearían en oponerse muchas veces á esas disposiciones. Y á la verdad, díganos aun los mismos enemigos de la soberanía civil de la Silla apostólica, que ahora dominan en Roma, ¿con qué confianza y sumisión recibirían ellos las exhortaciones, avisos, mandatos ó constituciones del Sumo Pontífice, si supiesen que este era súbdito y estaba sujeto á la autoridad de algún príncipe ó gobierno, especialmente si estuviese sujeto á algún príncipe que se hallase en prolongada guerra con los Estados romanos?»

«Entre tanto no hay quien no vea las muchas y crueles heridas que en los mismos Estados pontificios se están ahora causando á la Inmaculada Esposa de Cristo, las cadenas y vergonzosísima esclavitud con que se la oprime, y las grandes angustias con que se ve abrumada su Cabeza visible. Porque

¿quién ignora que de tal modo nos está impedida la comunicación con la ciudad de Roma, con su clero de Nos tan querido, con el episcopado todo de los Estados pontificios y con los demás fieles, que ni siquiera podemos enviar ni recibir libremente aun las cartas que solo versen sobre asuntos eclesiásticos y espirituales? ¿Quién no sabe que la ciudad de Roma, primera silla de la Iglesia católica, se ha convertido ahora ¡oh dolor! en una selva de bramadoras fieras, rebosando en ellas hombres de todas naciones, que ó apóstatas, ó herejes, ó maestros de lo que llaman *comunismo ó socialismo*, y animados del mayor odio á la verdad católica, hacen de palabra y por escrito, y por cuantos medios están á su alcance, los mayores esfuerzos para enseñar y extender todo género de pestilenciales errores y pervertir á todos los entendimientos y corazones, á fin de que, si esto fuera posible, se viese depravada y corrompida hasta en la misma Roma la santidad de la religión católica y la regla irreformable de la fe? ¿Quién ignora ó no ha oído decir que en los Estados pontificios han sido ocupados con sacrilega y temeraria osadía los bienes, rentas y posesiones de la Iglesia, despojados de sus ornamentos los templos más augustos, convertidos á usos profanos los monasterios y conventos, vejadas las vírgenes consagradas á Dios, cruelmente perseguidos y aherrojados en prisiones y aun asesinados distinguidos é integérrimos eclesiásticos y religiosos, y arrancados violentamente de sus diócesis y encerrados en una cárcel sagrados y esclarecidos prelados, siquiera estuviesen revestidos de la insigne dignidad cardenalicia?»

«Y estos tan graves atentados contra la Iglesia y sus derechos y su libertad se cometen en los Estados pontificios y en otras partes donde dominan esos hombres ú otros semejantes á ellos: cabalmente al mismo tiempo en que ellos mismos proclaman en todas partes la libertad, y suponen desear que la suprema potestad del Sumo Pontífice, libre absolutamente de toda traba, goce de entera libertad.

«Por otra parte, tampoco hay quien ignore la tristísima y deplorable situación en que nuestros muy amados súbditos se encuentran por obra de esos mismos hombres que tantas maldades cometen contra la Iglesia. El tesoro público está malbaratado y exhausto, interrumpido y casi extinguido el comercio, exigidas fuertes sumas de dinero á las personas más pudientes y á otras, saqueados los bienes de los particulares por los que se titulan jefes del pueblo y caudillos de turbas desenfrenadas, atemorizada la libertad de todos los buenos, en el mayor peligro su tranquilidad, y su misma vida expuesta al puñal del asesino, y otros muchísimos y gravísimos males y perjuicios con que incesantemente y en gran manera se ven afligidos y atemorizados los ciudadanos. Hé ahí, esos son los comienzos de esa prosperidad que los enemigos del sumo pontificado anuncian y prometen á los pueblos de los Estados pontificios.

«En medio, pues, del grande é increíble dolor que experimentábamos y nos atormentaba íntimamente á vista de tantas calamidades en la Iglesia y en los pueblos de nuestros Estados pontificios, conociendo muy bien que los deberes de nuestro ministerio exigían absolutamente que hiciésemos todos los esfuerzos posibles para apartar y remover esas calamidades, no nos descuidamos en implorar y pedir, como lo hicimos ya el 4 de diciembre del año pasado, el socorro y auxilio de todos los príncipes y naciones. Y no podemos menos, venerables hermanos, de participaros el singular consuelo que expe-

rimentamos al ver que los mismos príncipes y pueblos, aun aquellos que no están unidos á Nos con el vínculo de la unidad católica, se apresuraron á darnos los mas brillantes testimonios de su particularísimo afecto hácia Nos. Lo cual, al paso que dulcifica y consuela admirablemente el acerbísimo dolor de nuestro corazón, es una nueva prueba de que Dios asiste siempre propicio á su Iglesia. Aliéntanos, pues, la esperanza de que todos entiendan que esos gravísimos males, con que en tan difíciles circunstancias se ven agobiados los pueblos y los reinos, tienen su origen en el desprecio de nuestra santísima Religión, y que el consuelo y remedio no podrá venir de otra parte que de la doctrina divina de CRISTO y de su santa Iglesia que, madre fecunda y nodriza de todas las virtudes y expulsadora de los vicios, al enseñar á los hombres toda verdad y justicia y estrecharlos en mútua caridad, procura y atiende de un modo admirable al órden público y bien de la sociedad civil.

«Pero despues de haber implorado el apoyo de todos los príncipes, pedimos el auxilio del Austria que confina al Norte con nuestros Estados pontificios; y se lo pedimos con tanto mayor gusto, cuanto que el Austria no solamente prestó siempre su poderoso apoyo en defensa del dominio temporal de la Silla apostólica, sino que además hay ahora la esperanza de que accediendo á nuestros vivísimos deseos y justísimas reclamaciones se eliminen de aquel imperio ciertos principios reprobados incesantemente por la Silla apostólica, y que por lo tanto recobre allí la Iglesia su libertad con grandísimo bien y utilidad de aquellos fieles. Lo cual, al paso que al anunciarlo nos hace experimentar grande consuelo, no dudamos produzca en vosotros no pequeña satisfaccion y contento.

«El mismo auxilio hemos pedido á la nacion francesa, á la que amamos con singular afecto y benevolencia de nuestro corazón paternal, pues el clero y pueblo fiel de esa nacion ha procurado dulcificar nuestras calamidades y angustias y consolarnos con todas las demostraciones de filial adhesion y respeto.

«Tambien pedimos el auxilio de la España, que hondamente afligida por nuestra tribulacion fue la primera en excitar solícita á las demás naciones católicas para que, formando entre sí una alianza filial, se esforzasen en restituir al Padre comun de los fieles y Pastor supremo de la Iglesia á su propia silla.

«Por último, pedimos igualmente este auxilio al reino de las Dos Sicilias, donde recibimos la hospitalidad de su rey, que poniendo todo su cuidado en promover la verdadera y sólida felicidad de sus pueblos, brilla de tal modo por su religion y su piedad, que puede servir de modelo á sus mismos pueblos. Y aun cuando nos faltan expresiones para poder manifestar el asiduo cuidado y solicitud que se complace en atestiguar y confirmar continuamente de todos modos y con notables acciones su aventajada adhesion filial hácia Nos, con todo, jamás olvidaremos los singulares méritos de este príncipe para con Nos. Ni podemos tampoco pasar en silencio las muestras de piedad, de amor y reverencia que nos ha dado el clero y pueblo de ese reino desde el momento en que entramos en su territorio.

«Por tanto, animanos la esperanza de que, Dios mediante, esas naciones católicas, mirando por la causa de la Iglesia y de su Pontífice sumo, Padre comun de todos los fieles, se darán prisa en acudir á vindicar la soberanía civil de la Silla apostólica, y á restituir cuanto antes á nuestros súbditos la paz y la tranquilidad; y confiamos que serán arrojados de Roma y de todo el Estado

de la Iglesia los enemigos de nuestra santísima Religión y de la sociedad civil. Luego que esto se verifique dedicaremos toda nuestra vigilancia, afanes y esfuerzos á arrancar todos esos errores y gravísimos escándalos que tan vivamente hemos debido deplorar con todos los hombres de bien. En primer lugar debemos trabajar principalmente en que los entendimientos y voluntades miserablemente engañadas por la falacia, ardides y fraudes de los impíos se se ilustren con la luz de la verdad sempiterna, con la cual esos mismos hombres reconozcan los funestísimos frutos de los errores y vicios, y se exciten y enardezcan á seguir el camino de la virtud, de la Religión y de la justicia. Bien conoceis, venerables hermanos, los horrendos y monstruosos sistemas de todo género que, salidos del pozo del abismo para ruina y desolacion, han cundido ya muy mucho con grandísimo perjuicio de la Religión y de la sociedad civil, y se han desencadenado hoy con el mayor furor. Y estas perversas y pestíferas doctrinas no cesan de diseminarlas entre el vulgo los hombres enemigos, ya de palabra, ya por escrito, ya en espectáculos públicos, á fin de que de dia en dia vaya en aumento y se propague mas y mas la desenfadada licencia de todo género de impiedad, de liviandades y de pasiones; de ahí todas esas calamidades, ruinas y dolores que han desolado y desuelan al género humano y á casi todo el orbe. Tampoco ignorais la clase de guerra que hoy se hace en la misma Italia contra nuestra santísima Religión, y los fraudes y maquinaciones con que los implacables enemigos de la Religión y de la sociedad civil tratan de apartar de la santidad de la fe y de la sana doctrina los ánimos especialmente de los ignorantes, sumergirlos en las espumosas olas de la incredulidad, é impelerlos á cometer todo género de crímenes. Y para que les sea mas fácil llevar á cabo sus proyectos y puedan excitar y fomentar horribles sediciones y turbulencias de todo género, imitando á los herejes y despreciando enteramente la suprema autoridad de la Iglesia, no vacilan en invocar, interpretar, invertir y desviar de su genuino sentido, para aplicarlas á su juicio privado y en un sentido perverso, las palabras, testimonios y sentencias de las santas Escrituras, y llevando al colmo su impiedad no se horrorizan de abusar sacrilegamente del santísimo nombre de CRISTO. Ni se avergüenzan de sostener pública y paladinamente que no debe reprobarse la violacion de juramentos, ni accion alguna por mala y criminal que sea, y repugnante á la misma sempiterna ley natural, sino antes bien reputarla, no solo lícita, sino digna de los mayores encomios, cuando se hace por lo que ellos llaman patriotismo. Con cuyo impío y perverso modo de argumentar destruyen enteramente esos hombres toda honradez y toda virtud y justicia, y con esa inaudita impudencia se defiende y recomienda hasta el malvado proceder de los ladrones y asesinos.

«Á los demás innumerables fraudes, de que sin cesar se valen los enemigos de la Iglesia católica para apartar y arrancar del gremio de la Iglesia especialmente á los incautos é ignorantes, agréganse las violentas y torpísimas calumnias que no se avergüenzan de inventar y dirigir contra nuestra persona. Sin embargo, llamados sin merecerlo á hacer en la tierra las veces de Aquel que cuando era maldecido no maldecia, y cuando se le hacia padecer no amenazaba, no hemos dejado jamás de llevar con paciencia y en silencio las mas acerbas injurias y orar por los que nos perseguian y calumniaban. Pero siendo deudores á los sábios y á los insipientes, y debiendo mirar por la salud de todos, y á fin de precaver toda ocasion de escándalo especialmente

de los débiles, no podemos menos de rechazar en vuestra presencia la falsísima y mas negra calumnia que contra nuestra humilde persona han divulgado recientísimamente ciertos periódicos. Pero si bien nos horrorizamos de un modo increíble luego que leimos semejante falsedad, con la que pretenden causarnos á Nos y á la Silla apostólica una grave herida, sin embargo no podemos temer de modo alguno que tan torpes mentiras puedan lastimar aquella suprema cátedra de la verdad, y á Nos que sin mérito alguno hemos sido colocados en ella. Porque, á la verdad, por especial misericordia de Dios podemos repetir aquellas divinas palabras de nuestro Redentor: *Yo he hablado públicamente al mundo... y nada he hablado en oculto*. Y aquí, venerables hermanos, creemos oportuno repetir é inculcar lo que ya declaramos especialmente en nuestra alocucion que os dirigí en 17 de diciembre de 1847; á saber, que los enemigos á fin de corromper mas fácilmente la verdadera y genuina doctrina de la religion católica y engañar é inducir en error á los demás, no hay falsedad que no forjen, proyecto que no intenten, ni piedra que no muevan para que hasta la Silla apostólica aparezca en cierto modo como participe en su necedad y aun fautora de ella. Nadie desconoce la multitud de tenebrosas no menos que perjudiciales sociedades y sectas que crearon y establecieron en diferentes épocas y bajo diversos nombres los forjadores de mentiras y de perversos dogmas á fin de insinuar en los ánimos de los demás sus delirios, sus sistemas y sus maquinaciones, corromper el corazon de los incautos, y abrir ancho campo para cometer impunemente las mayores maldades. Estas abominables sectas de perdicion, sobre manera perjudiciales, no solo á la salud de las almas, sino tambien al bien y prosperidad de la sociedad civil, y condenadas por los romanos Pontífices nuestros antecesores, siempre las hemos detestado, y las condenamos tambien en nuestra encíclica de 9 de noviembre del año de 1846 dirigida á todos los prelados de la Iglesia católica, y ahora de nuevo con nuestra autoridad apostólica las condenamos, prohibimos y proscribimos.

«Mas en esta nuestra alocucion no hemos querido enumerar todos los errores con que miserablemente engañados los pueblos se precipitan en tantas ruinas, ni tampoco mencionar todas y cada una de las tramas con que los enemigos maquinan la destruccion de la religion católica y se esfuerzan en atacar é invadir por todas partes el alcázar de Sion. Basta lo que hasta aquí hemos mencionado para mostrar que de las perversas doctrinas que circulan y del desprecio de la justicia y de la Religion provienen esas calamidades y desgracias que tanto abruman á las naciones y á los pueblos. Así, pues, para apartar tamaños males, no hay que perdonar cuidado, ni solicitud, ni vigilia, ni trabajo alguno, á fin de que arrancadas de raíz tantas doctrinas perversas, entiendan todos que la verdadera y sólida felicidad estriba en la práctica de la virtud, de la Religion y de la justicia. Por tanto, Nos y vosotros, y los demás venerables hermanos los obispos de todo el orbe católico, debemos dedicarnos en primer lugar y con el mayor estudio, solicitud y cuidado á que los pueblos fieles, apartados de los pastos venenosos, y conducidos á los saludables, y mas y mas nutridos en las palabras de fe, conozcan y eviten los fraudes de los hombres engañosos y sus falacias, y bien persuadidos de que el temor de Dios es la fuente de todo bien y que los pecados y las iniquidades provocan los castigos de Dios, procuren con el mayor cuidado apartarse del mal y practicar el bien. Por lo mismo, en medio de tantas y tan graves an-

gustias, cáusanos no pequeña satisfaccion el saber la firmeza y constancia con que los venerables hermanos los prelados del orbe católico, firmemente adheridos á Nos y á la cátedra de san Pedro, juntamente con su obediente clero, se esfuerzan en defender la causa de la Iglesia y sostener valerosamente su libertad, y la solicitud sacerdotal y el estudio con que trabajan á fin de confirmar mas y mas en la bondad á los buenos, y en reducir al camino de la verdad á los extraviados, y en redargüir y refutar, ya de palabra, ya por escrito, á los astutos enemigos de la Religion. Mas, al tiempo mismo que nos complacemos en tributar á nuestros venerables hermanos estas merecidas y debidas alabanzas, les alentamos y animamos á que, apoyados con el auxilio divino, sigan cumpliendo su ministerio cada vez con mas celo, y peleando las batallas del Señor, y levantando su voz en sabiduría y fortaleza para evangelizar á Jerusalem y curar sus llagas. Además de esto, no cesen de acudir confiados al trono de la gracia y repetir públicas y particulares oraciones, y de inculcar á los pueblos fieles que en todas partes hagan todos penitencia á fin de que alcancen de Dios misericordia y hallen la gracia con auxilio oportuno. Ni omitan tampoco el exhortar á los hombres instruidos y de sana doctrina á que ellos tambien bajo su direccion y la de la Silla apostólica procuren ilustrar á los pueblos y disipar las tinieblas de los errores que cunden.

«Con esta ocasion rogamos en el Señor y pedimos encarecidamente á nuestros carísimos hijos en Cristo los príncipes y jefes de los pueblos, que considerando sería y continuamente los muchos y graves daños que de ese aluvion de errores y de vicios redundan en la sociedad civil, tengan á bien dedicarse con un particularísimo cuidado y solicitud á que en todas partes domine la virtud, la justicia y la Religion, y á que de dia en dia vayan en aumento. Y los pueblos todos, y todas las gentes y naciones piensen y mediten que todos los bienes consisten en la práctica de la justicia, y que todos los males provienen de la iniquidad. Porque *la justicia eleva á una nacion; al paso que el pecado hace miserables á los pueblos*.

«Antes de concluir no podemos menos de manifestar públicamente nuestra profunda gratitud á todos aquellos de nuestros carísimos y amantísimos hijos que grandemente solícitos por nuestras desgracias, y movidos de un singular afecto de piedad hácia Nos, quisieron enviarnos sus ofrendas. Pero aunque estas piadosas donaciones no dejen de causarnos grande consuelo, sin embargo debemos confesar que tampoco es pequeña la angustia que oprime nuestro corazon al asaltarnos el mas vivo temor de que en las tristes circunstancias presentes nuestros queridos hijos, dejándose llevar demasiado de su amor á Nos, hagan esos donativos con propia incomodidad y detrimento suyo.

«Finalmente, venerables hermanos, obedeciendo Nos á los investigables designios de la sabiduría de Dios, con que obra su gloria, mientras en la humildad de nuestro corazon damos á Dios las mas expresivas gracias por habernos reputado dignos de padecer afrenta por el nombre de Jesús y hacernos en alguna parte conformes á la imágen de su pasion, estamos dispuestos con toda fe, paciencia, esperanza y mansedumbre á sufrir los mas acerbos trabajos y padecimientos, y aun á dar nuestra misma vida por la Iglesia si con nuestra sangre pudiéramos remediar las calamidades de la misma Iglesia. Pero en el interin, venerables hermanos, no cesemos de orar de dia y de noche, y de dirigir continuas y fervientes súplicas á Dios, que es rico en mise-

ricordia, pidiéndole humildemente que por los méritos de su unigénito Hijo libre con su omnipotente brazo á la Iglesia de tantas y tan terribles borrascas por que está pasando, y para que con la luz de su divina gracia illustre todos los entendimientos de los que yerran, y en la multitud de sus misericordias convierta los corazones de todos los prevaricadores, á fin de que expulsados de todas partes los errores y apartadas todas las adversidades, todos vean y reconozcan la luz de la verdad y de la justicia, y vengan á la unidad de la fe y del reconocimiento de Nuestro Señor JESUCRISTO. Ni cesemos tampoco de instar á Aquel que hace la paz en las alturas y que es nuestra paz para que, extirpados todos los males que afligen á la república cristiana, haga la tan anhelada paz y tranquilidad. Y para que Dios acceda mas fácilmente á nuestras súplicas interpongamos para con Él intercesores, y primeramente á la santísima é Inmaculada Virgen María, que Madre de Dios y nuestra, y Madre tambien de misericordia, encuentra lo que busca, y sus peticiones no pueden ser en vano. Imploremos tambien la intercesion del bienaventurado san Pedro, príncipe de los Apóstoles, y de su coapóstol san Pablo, y de todos los Santos, que hechos ya amigos de Dios reinan con Él en los cielos, á fin de que, mediante sus méritos y ruegos, el clementísimo Dios libre de los furios de su ira al pueblo fiel, y le proteja siempre y le regocije con la abundancia de su propiciacion divina.»

El documento que acaba de leerse es digno de pasar á las generaciones futuras, pues es una exacta y verídica relacion de todo lo acontecido en Roma desde el momento en que por una disposicion de la Providencia divina Pio IX subió á ocupar el trono de los Pontífices romanos. El atribulado Vicario de JESUCRISTO, el magnánimo Soberano de los Estados de la Iglesia, el representante sobre la tierra del Hombre-Dios, que, víctima de la ingratitud de los hombres, á quienes dispensara beneficios sin número, si abre sus labios en la cruz, no es sino para pedir á su eterno Padre misericordia y perdon para sus enemigos, no tiene en medio de sus aficciones palabras de odio para los que le han hecho apurar la copa de la amargura. Es necesario que el mundo sepa que su corazon bondadoso no ha abrigado otros deseos que el bien de sus súbditos, que desde el instante en que empuñó el cetro de Príncipe temporal con el de la Iglesia universal no tuvo otras miras que llenar cumplidamente sus deberes, sin perder de vista que debia dar cuenta de su doble administracion á Aquel que es Rey de reyes y Señor de los que dominan. Era necesario que se supiese en todas partes que la ingratitud y la perfidia le habian arrancado de su trono, y que las entusiastas aclamaciones de que se vió rodeado en los primeros tiempos de su pontificado habian sido los *hosannas* de Jerusalem que le habian conducido al Calvario del destierro.

Pio IX, que á través de sus tribulaciones no pierde la tranquilidad de su alma, porque nunca la pierden las almas justas, eleva su voz majestuosa al hallarse rodeado del sacro Colegio de los eminentísimos cardenales, y pronuncia la magnífica alocucion que hemos insertado, y que habia despues de ser leida en todas las naciones del mundo con el mas vivo interés.

Sabe muy bien Pio IX que el verdadero pueblo romano no es el responsable de los hechos que lamenta, y que escandalizaron al mundo entero. Roma es ciertamente la ciudad mas religiosa de Europa y del mundo: los que han tenido la dicha de visitarla saben que allí, al rededor de los sepulcros de los santos Apóstoles, se respira un ambiente piadoso que embalsama el espí-

ritu y hace elevar el alma al cielo; y tanto es así, que allí, como se ha dicho mas arriba, hasta los hombres mas perversos al querer seducir al pueblo se han visto obligados á dar cierto tinte religioso á sus proclamas, pues que el pueblo romano odia todo lo que es ateo y hasta todo lo que es irreligioso. Tal es la causa por que el sábio y prudentísimo Pontífice, al dar comienzo á su alocucion lamentando el impetuoso torrente de males que conturbaban los Estados pontificios y casi toda la Italia, añade que *con estas palabras solo queremos condenar á los pérfidos autores de tantos males, pues estamos muy distantes de querer culpar por ello á la mayoría de la poblacion*. Estas frases son honrosísimas para los buenos romanos que deben conservarlas en la memoria, y transmitir las á sus hijos como testimonio de gran valor de que no tuvieron parte en la iniquidad de 1849, como á la hora en que escribimos (1871) no la han tomado en la nueva iniquidad de la invasion de Roma por el Gobierno subalpino. Si algun cargo pudiese hacer la historia á los romanos, seria únicamente, y no se ofendan de nuestra franqueza de escritores independientes, de falta de valor y de energía en las ocasiones solemnes. Cuando la patria peligra, cuando ejércitos enemigos se acercan para arrancar á los pueblos su independencia, sus leyes, su religion y sus costumbres, entonces el amor á la patria debe hacerse superior á todos los amores; los ciudadanos deben convertirse en soldados y comprender que es mas noble, mas glorioso, morir en la propia defensa que arrastrar luego una vida afrentosa, la vida del esclavo. Roma abrigaba en su seno la hez de toda la Italia y aun de toda Europa. Allí se habian dado cita los revolucionarios de todas partes, esos hombres sin fe, sin religion, sin amor patrio, enemigos constantes de todo orden social, esos hombres escarnio de las sociedades modernas que, no sabiendo manejar otras armas que la tea y el puñal, fundaron primero el *carbonarismo* y la *Jóven Italia*, y últimamente han producido otra sociedad que usa para sus próclamas en vez de tinta petróleo, y en cambio de racionios la mecha del incendiario. ¡Ay de la Europa! ¡ay del mundo, si los Gobiernos no despiertan del letargo en que se hallan sumergidos, y los hombres honrados de todas partes no se coligan para el bien, como aquellos lo han hecho para el mal! Empero no nos detengamos en reflexiones que naturalmente habrémos de hacer al finalizar nuestro trabajo con la narracion de los acontecimientos que hoy llora el mundo cristiano, y cuyas consecuencias hacen estremecer.

Pio IX recuerda oportunamente el decreto de amnistía, acto sublime con el que inauguró su pontificado, y que mereció los mayores elogios en todas las naciones, como dijimos á su tiempo, y con el cual se propuso procurar la paz, el bienestar y la tranquilidad de las familias, y con el acento del mas vivo dolor trae á la memoria que muchos de los comprendidos en aquella amnistía, y que á ella se acogieron, no solo no mudaron en nada sus principios é intenciones, segun esperaba el Santo Padre, sino que, insistiendo mas y mas de dia en dia en sus proyectos y maquinaciones, todo lo emprendieron, y no dejaron piedra por mover, á fin de trastornar y destruir radicalmente, segun ya hacia tiempo proyectaban, la soberanía temporal del romano Pontífice y su Gobierno, y declarar al mismo tiempo la guerra mas cruel á nuestra santísima Religion. ¡Con cuán amarga pena pronunciaría estas palabras el Soberano Pontífice que habia dado á sus pueblos las mayores pruebas del paternal amor que les profesaba! Despues de manifestar todos los medios que pusie-

ron en juego para conseguir sus detestables fines, Pío IX añade: «Hemos, pues, creído conveniente, venerables hermanos, recordar rápidamente en vuestra presencia los hechos, y hacer de ellos una reseña, siquiera sea ligera, con ánimo de que todos los hombres de buena voluntad conozcan clara y abiertamente qué es lo que los enemigos de Dios y del género humano quieren y desean, y cuál es su firme y constante anhelo.» Ya se ha visto con qué acento de verdad, con qué majestad Pío IX hizo en presencia de los eminentísimos purpurados la reseña de los acontecimientos, por la que se ve que la ingratitude y perfidia de los hijos contrasta con el amor y la bondad del padre.

¿Qué debía hacer el Sumo Pontífice al ver el estado en que se encontraba la capital del mundo cristiano y los demás pueblos de su soberanía? Agotados todos los medios pacíficos, los altos deberes de su ministerio exigían que hiciese todos los esfuerzos posibles para apartar y remover tan gran cúmulo de calamidades, y por esto da cuenta al sagrado Colegio del llamamiento que había hecho á todos los príncipes y naciones para que acudieran en socorro y auxilio de la Santa Sede. Séanos permitido repetir las frases tan lisonjeras para nuestra amada patria que se han leído en la inserta alocucion, porque ellas nos recuerdan lo que fue España y el aprecio en que siempre la tuvieron los Sumos Pontífices por su religiosidad y adhesion sincera á la Santa Sede. Despues de hablar del auxilio pedido á la nacion francesa, añade: «Tambien pedimos el auxilio de la España, que, hondamente afligida por «nuestra tribulacion, fue la primera en excitar solícita á las demás naciones «católicas para que, formando entre sí una alianza filial, se esforzasen en «restituir al Padre comun de los fieles y pastor supremo de la Iglesia á su «propia silla.» La España y la Francia, que tantos dias de gloria han dado á la Iglesia, se ven hoy en la imposibilidad de prestar al Jefe supremo de la religion católica el apoyo que les prestaron en 1849; no porque ambos pueblos hayan dejado de ser católicos, sino por las desgracias que pesan sobre ellos. ¡Plegue á Dios que aparezca pronto sobre el horizonte de Europa el crepúsculo del hermoso día de la regeneracion social!

CAPÍTULO XXVIII.

ACTITUD DEL GOBIERNO DE ESPAÑA ANTE LAS DESGRACIAS

DEL SUMO PONTÍFICE. — ENCÍCLICA DE PÍO IX RELATIVA Á LA CONCEPCION DE MARÍA.

Hemos finalizado el anterior capítulo consignando las para nosotros honrosísimas palabras pronunciadas por Pío IX en su alocucion, y ahora creemos oportuno extendernos en las manifestaciones de dolor que por las tribulaciones del Santo Padre hicieron el Gobierno y los cuerpos colegisladores de España. Ya hemos visto (1) que á nuestro embajador cerca de la Santa Sede, el señor Martínez de la Rosa, cupo la suerte de dirigir la palabra al ilustre desterrado de Gaeta, cuando se hallaba rodeado de todo el cuerpo diplomático, para manifestarle el vivo interés que por la suerte del Soberano Pontífice tomaban todos los Gobiernos allí representados. Hemos reproducido tambien la circular que en 21 de diciembre pasó á las diferentes potencias católicas el Ministro de Estado de España, documento que honra á la entonces reina de nuestra nacion y al ministro D. Pedro Pidal que lo suscribió.

Debían abrirse las Cortes españolas, y todos los buenos hijos de esta nacion tan eminentemente católica esperaban con impaciencia este suceso, por ver de qué modo se hablaba en el discurso de la Corona sobre las tribulaciones del Santo Padre. Las esperanzas no fueron defraudadas. La reina Isabel, cuyos sentimientos en favor de la Santa Sede son muy conocidos, se expresó de este modo: «El Sumo Pontífice se ha visto obligado á abandonar la capital del orbe católico y á buscar un refugio en tierra extraña. En tan dolorosas circunstancias no he vacilado un momento en ofrecerle el apoyo de la España «y un seguro y cordial asilo en esta nacion siempre católica y piadosa.» Es-

(1) Pág. 446.